

cedimiento legislativo tienen sobre los dos indicadores mencionados.

Las variables explicativas que aluden a los partidos políticos se encuentran divididas en dos conglomerados. En el primero destacan las que dan muestra de la presencia de los partidos en el Ejecutivo y en el Legislativo —mayorías legislativas, fragmentación y formación de coaliciones—, mientras que en un segundo grupo concurren las actitudes y la ideología de sus miembros —polarización, coherencia partidista y distancia ideológica—. Una última variable se refiere al ciclo electoral pues, como se ha argumentado en la literatura especializada, el calendario electoral puede favorecer o perjudicar al Ejecutivo en la consecución de su agenda política.

Considerando estas tres variables, la investigación sostiene como argumento central que “la influencia del Ejecutivo y del Legislativo en la actividad legislativa depende del diseño normativo de los países, así como del contexto partidista y del ciclo electoral”. Esta hipótesis se contrasta empíricamente mediante un análisis estadístico llevado a cabo en dos fases.

Otra de las aportaciones del libro es su propuesta de modelo analítico, cuyo valor radica en refutar algunas de las hipótesis utilizadas para criticar al sistema presidencialista latinoamericano. Cabe citar, por ejemplo, que en este tipo de sistemas la presencia de múltiples actores —dos partidos y medio, pluripartidismo moderado o extremo—, o el

incremento de éstos, no necesariamente provoca un decrecimiento en las tasas de éxito y participación del Ejecutivo, sino que se mantienen constantes.

En su conjunto, el libro reúne de manera clara y concisa: 1) los planteamientos teóricos más destacados de las últimas dos décadas desarrollados desde el nuevo institucionalismo y enfocados en los presidencialismos y 2) los elementos que permiten comprender las variaciones en la capacidad de los poderes Ejecutivo y Legislativo para intervenir en el proceso legislativo —destacando, por su capacidad explicativa, el entramado institucional, la conformación de mayorías en el Congreso, el número de actores partidistas y su posicionamiento ideológico—. Todo lo anterior se rige por un análisis empírico que sustenta los principales argumentos planteados y que, seguramente, servirán como punto de inflexión en futuras investigaciones y debates.

Overcoming Apartheid: Can Truth Reconcile a Divided Nation? de James L. Gibson, Nueva York, Russell Sage Foundation, 2004, 456 pp.

Por Cory McCruden, Universidad de Yale

“¿La verdad ha llevado a Sudáfrica a la reconciliación?” es el tema de *Overcoming Apartheid* (*Venciendo al Apartheid*), una extensa evaluación sobre la

South Africa's Truth and Reconciliation Commission (Comisión de Verdad y Reconciliación de Sudáfrica) del profesor James L. Gibson. El trabajo es uno de los análisis más ambiciosos y completos sobre un programa de justicia de transición. Se basa en una encuesta realizada en 2000-2001 con el fin de probar si la verdad ha llevado a la reconciliación a los sudafricanos y es una secuela del trabajo colaborativo de Gibson en 1996, el cual consistió en una encuesta de preguntas similares. Aunque se publicó tardíamente en 2004, este estudio arroja a la luz una parte importante de la historia nacional de Sudáfrica y su transición del *Apartheid* a la democracia. Se ha renovado el interés sobre el estudio debido a que en Sudáfrica tuvo lugar el Mundial de Fútbol 2010. Como se trata de un libro viejo que ha sido estudiado por muchos otros, me quedaré con un breve resumen y me referiré a otros para más detalles.

La South Africa's Truth and Reconciliation Commission (TRC) se estableció después del *Apartheid* en 1995 y fue diseñada para ayudar al país durante el periodo de transición hacia la democracia. El proceso consistió en una serie de audiencias sobre los violadores de los derechos humanos y testimonios de víctimas y sus familias. Comisiones similares han sido creadas en otros países posconflicto: Timor Oriental, Ghana, Nigeria, Perú y Sierra Leona.

Si la TRC ha llevado a la reconciliación, argumenta Gibson, es sólo cues-

tión de aplicar una prueba empírica, la cual intenta el autor con una encuesta masiva. Sin embargo, en su estudio no mide el alcance con el cual la "verdad" lleva a la reconciliación, sino que la compara con la TRC. Como otros (véase la reseña de Graybill, 2006), yo estaba preocupado por este supuesto. Gibson explica que mientras él considere que no hay un relato objetivo del pasado, seguirá creyendo que la TRC adoptó y propagó una versión específica de la historia. Esto es problemático porque acepta de manera poco crítica la presentación histórica de los hechos de la TRC y que la aceptación de estos hechos debe llevarnos a la reconciliación. En segundo lugar, no toma en cuenta que la TRC era un proceso político influído por figuras nacionales e internacionales. Finalmente, cuestiona la validez externa de los resultados de Gibson, ya que cada comisión de la verdad tendría su propia versión que puede o no conducir a la reconciliación. Hasta este punto, implementar la reconciliación puede estar más relacionado con la manera en que se produce la verdad que con la verdad misma o la TRC.

En cuanto a la reconciliación, Gibson es más sistemático y analítico. A nivel individual, identifica las siguientes características como indicadores de reconciliación: tolerancia a otras razas, creencia en la igualdad y los derechos humanos, apoyo a importantes instituciones políticas. La reconciliación está dividida en cuatro subconceptos, los

cuales son el tema de un capítulo completo de su libro. Los capítulos versan sobre reconciliación interracial, apoyo a los derechos humanos, tolerancia política y legitimación de un nuevo núcleo de instituciones políticas. La cuestión de si la aceptación de la verdad (es decir, la TRC) conduce o no a cada una de estas dimensiones se comprueba en los capítulos 4, 5, 6 y 8.

Los resultados no proveen una rotunda afirmación de que la verdad lleve a la reconciliación. En breve (para un resumen más extenso, véase Graybill, 2006), Gibson encuentra, especialmente entre negros sudafricanos, que la TRC no ha mejorado la reconciliación racial, aunque también clama que tampoco la ha empeorado. En cuanto al apoyo a los derechos humanos con los que Gibson equipara al Estado de derecho, él encuentra que no hay mucho apoyo por parte de los sudafricanos. Comparado con las respuestas de la encuesta de 1996, el autor no encuentra diferencia. En cuanto a la tolerancia política, observa que entre los blancos la verdad y la tolerancia política están fuertemente relacionadas, mientras que entre los mestizos y negros es mucho más limitada, y entre los asiáticos no hay relación alguna. Finalmente, los sudafricanos no apoyan la legitimación de su Corte Constitucional y el Parlamento Nacional. Gibson comenta que esto podría deberse a que éstas son nuevas instituciones y que serán considera-

das más legítimas con el tiempo y el ejercicio.

Asimismo, el autor trata de buscar principalmente la relación entre la verdad y la reconciliación dentro de los cuatro grupos raciales más importantes: africano (negro), blanco (de habla inglesa y afrikáans), mestizo y asiático. De acuerdo con el Acta de Registro de Población de 1950, éstos fueron los principales grupos en los que los sudafricanos fueron divididos. La categorización se basó en los rasgos físicos, así como en la residencia, la profesión y el círculo social. Un medio particularmente atroz de determinación era usar un lápiz para medir el rizo del cabello de las personas —si el lápiz caía, la persona sería clasificada como blanca y si no, el individuo sería clasificado como blanco o mestizo (*The Economist*, 2010a, p. 15).

El autor considera que la raza no es una construcción biológica sino social, y que debe tenerse cuidado de no percibir la raza como el factor determinante de las actitudes de la reconciliación. Él señala que “la raza es casi siempre un sustituto para algunas otras variables representando las experiencias o actitudes de los miembros del grupo”. Sin embargo, Gibson agrupa las respuestas de la encuesta por raza, lo cual oculta importantes divisiones de negros entre los hablantes del Zulu y Xhosa, y divisiones de blancos entre los hablantes del inglés y el afrikáans. Quisiera que Gibson dijera más acerca de la raza que podría ser la base de una

aculturación y en qué condiciones y con cuáles características específicas importaría más que otras. Por ejemplo, ¿cuándo la raza es un punto de aculturación para la educación contra el idioma o el estatus económico contra la cultura?

Gibson está consciente de los retos metodológicos del estudio si la verdad causa la reconciliación. Admite las limitaciones de la medición de actitudes en cierto punto contra el panel de datos, el cual evaluaría actitudes individuales antes y después de la exposición a la TRC. Aun cuando esto sea un problema, debido a que la exposición a la TRC no es un asunto azaroso, es posible que los individuos que han sido predispuestos a ciertas actitudes escogen también qué tanto quieren exponerse a la TRC.

Overcoming Apartheid es nada menos que un extremadamente ambicioso y completamente provocativo trabajo. Es mucho más interesante considerar el trabajo de Gibson hoy en día, a casi diez años de que concluyera la TRC y 16 años desde que terminó el *Apartheid*. Uno no puede perderse del entusiasmo de la Copa del Mundo que toma lugar en territorio sudafricano este verano. Hoy en día, en efecto, es un lugar diferente al que era cuando Gibson realizó sus encuestas (en 1996 y 2001). Ahora muchas cosas son diferentes desde el *Apartheid* y el inmediato periodo post*Apartheid*, Sudáfrica continúa enfrentando importantes obstáculos económicos y sociales.

El final del *Apartheid* y el respeto a los derechos de los negros, mestizos y asiáticos, entre otros, no han traído prosperidad económica y empleos. Esfuerzos por redistribuir la riqueza entre los negros a través del Black Economic Empowerment (BEE, Empoderamiento de la Economía Negra) ha tenido éxito al transferir una gran cantidad de riqueza sólo a un pequeño subconjunto de negros y haciendo a unos cuantos fenomenalmente ricos. De esta manera, las divisiones más preocupantes en Sudáfrica parecen ya no ser entre negros y blancos, sino entre ricos y pobres. De acuerdo con las autoridades, el desempleo abarca cerca de 25 por ciento de la población —el peor porcentaje del mundo—. A diferencia de otras economías emergentes, y de Brasil e India, que tienen un sector informal sustancial, Sudáfrica no tiene ningún otro mercado fuera del formal que absorba el desempleo (*The Economist*, 2010b, p. 21). La tasa de casos de VIH en Sudáfrica es más alta que en ningún otro país, y el índice de delincuencia es uno de los peores en el mundo. Claramente, Sudáfrica ha recorrido un largo camino, pero aún le falta mucho por andar antes de que “la nación arcoíris” alcance su mayor potencial.

Referencias bibliográficas

Graybill, Lyn (2006), Reseña a James L. Gibson, *Overcoming Apartheid: Can Truth Reconcile a Divided Nation?* H-

- SAfrica, marzo, Sam Nunn School of International Affairs, Georgia Institute of Technology.
- The Economist* (2010a), “Colour me South African”, 3 de junio, p. 15, en: <http://www.economist.com/node/16248631> [consultado el 7 de junio de 2010].
- _____ (2010b), “Jobless Growth”, 3 de junio, p. 21, en: http://www.economist.com/node/16248641?story_id=16248641&fsrc=rss [consultado el 7 de junio de 2010].
-

Routine Politics and Violence in Argentina: The Gray Zone of State Power, de Javier Auyero, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, 190 pp.

Por Shin Toyoda,
Universidad de Waseda, Japón

En diciembre de 2001, Argentina experimentó un gran disturbio político. En medio de las protestas, intensas manifestaciones —incluidos los famosos cacerolazos— y saqueos en Cortés de Ruta, Marchas y otros distritos del país contra el presidente Fernando de la Rúa, éste fue forzado a dimitir del cargo el 20 de diciembre de 2001. Según los periódicos, el número de saqueos fue de 289, mismos que incluyeron ataques contra bodegas, supermercados y tiendas como zapaterías y

otro tipo de establecimientos. Sin embargo, la distribución de los lugares en donde se realizaron los saqueos no fue uniforme, geográficamente hablando, ya que en los estados del noroeste y suroeste —los considerados más pobres— no se presentó este tipo de acontecimientos. Estos hechos requieren explicaciones y por ello en este libro el sociólogo y etnógrafo Javier Auyero investiga y trata de explicar qué sucedió en los lugares donde hubo saqueos.

Mientras un gran número de trabajos académicos se centra en investigar acerca de las revoluciones, guerras civiles o golpes de Estado, la violencia política de menor magnitud, como los saqueos, ha sido poco estudiada —en especial en el caso de los países de América Latina—. Algunos de los estudios sobre el tema simplemente suponen que “los saqueos tienen como actores principales a los pobres y desempleados, quienes respondiendo a sus condiciones de vida, las cuales empeoran cada día, un día se enfurecen y deciden saquear y robar” (pp. 79-80). En este sentido, los saqueos son considerados como las manifestaciones de la angustia acumulada de las personas, aislada de otros factores y actores, como un partido político o alguna fuerza represora.

Es en contra de estas suposiciones de lo que habla este libro. Al revisar los diversos trabajos sobre violencia comunal en el mundo, incluidos motines étnicos en la India y la violencia en